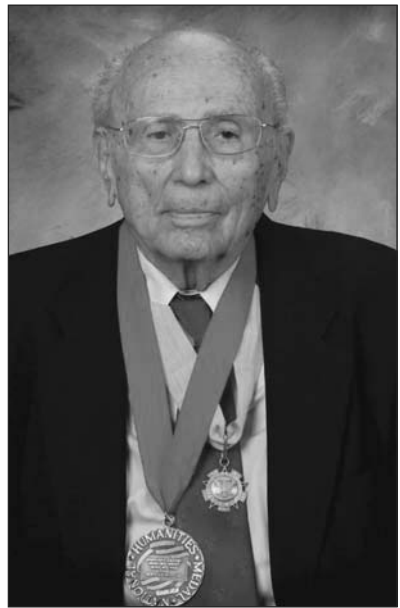


Recuerdo-Homenaje a Don Luis Leal

MANUEL M. MARTÍN-RODRÍGUEZ

Conocí a don Luis Leal en 1987, durante mi primer año como estudiante de doctorado en la Universidad de California, Santa Bárbara. Yo apenas llevaba dos años en los Estados Unidos y cuatro leyendo y estudiando literatura chicana. Cuando lo conocí, don Luis acababa de cumplir ochenta años. Mi director de tesis, Francisco A. Lomelí, me llevó una tarde a conocerlo, asegurándome que era una de las personas que más sabía de literatura chicana, y allá fuimos con él a tomar café en el mismo campus de la universidad. Recuerdo que nos sentamos en unos bancos al aire libre y, para mi sorpresa, el famoso don Luis se pasó todo el rato hablando de un pobre gorrión que había pisado un chicle, ponderando si el dichoso (o desdichado) pajarillo sería o no



consciente de lo que le pasaba. Yo, que por cierto había vivido siempre en la calle Gorrión, en Sevilla, no lo quise tomar entonces como metáfora, mal agüero o indirecta; simplemente me rasqué mentalmente la cabeza, preguntándome si sería éste realmente el mentado don Luis o, como en el cuento de Borges, el otro don Luis, al que le pasaban las cosas. Solamente años más tarde, recordando ese memorable cafecito, me di cuenta

Manuel M. Martín Rodríguez es catedrático de literatura en University of California, Merced. Recientemente ha publicado la edición de "Historia de la Nueva México" de Gaspar de Villagrà.

Martín-Rodríguez, M. M. "Recuerdo-Homenaje a Don Luis Leal" *Camino Real. Estudios de las Hispanidades Norteamericanas*. Alcalá de Henares: Instituto Franklin - UAH, 2:3,(2010): 175-177. Print.

de que simbolizaba ya una de las mayores virtudes de don Luis: su capacidad de atención al detalle, de abstraer y extraer significado de cosas que otros habrían considerado insignificantes, y su decidida comprensión y compasión por los más débiles.

(Por cierto que, andando el tiempo, a principios de los noventa, Teresa Márquez fundó en Nuevo México el primer foro internauta de literatura chicana —cuando las computadoras todavía usaban pañales— y le puso por nombre CHICLE, y ahí sí supimos de qué pie cojeaba cada quien).

Para mí, don Luis no cumplía años sino décadas. Como dije, cuando lo conocí ya llevaba ocho en el cuerpo y, aunque nos vimos muchas veces a partir de entonces, viajamos juntos, tomamos nuestra consuetudinaria ración de cerveza (juntos y por separado) y hasta publicamos un ensayo juntos en la *Cambridge History of Latin American Literature*, no recuerdo haber celebrado con él más cumpleaños que los que acababan en cero. Cuando cumplió los noventa, yo vivía en la costa este de los Estados Unidos, pero tuve la buena fortuna de participar en la conferencia-homenaje con que se celebró esa efemérides en Santa Bárbara. Recuerdo que presenté un trabajo titulado “In the Beginning Was *Pocho*”, cuestionando las lecturas que hacían de ese texto la primera novela chicana, pero tal vez hubiera sido más apropiado presentar otro titulado “In the Beginning Was don Luis”. Explico por qué con otra anécdota. Algunos meses antes de esa conferencia, había caído en mis manos una novelita de 1958 (recuérdese que *Pocho* se publicó en 1959) titulada *Pancho*, de la que es autor Emmanuel Camarena. A mí no me pareció gran cosa esa novela pero no pude dejar de observar entonces que era un año anterior a la de Villarreal, con la que guardaba, al menos en lo que toca a los títulos, un extraordinario parecido fonético. Lo sorprendente es que nadie parecía haber escrito nunca nada sobre el *Pancho* de Camarena. En casos como ése, cuando hasta el internet nos fallaba (pues tampoco ahí encontré información alguna), los que lo conocimos sabíamos que lo único que había que hacer era escribirle a don Luis (por correo electrónico, faltaba más). Así lo hice, sin darle más detalles sobre cuánto sabía yo (o no) de la novela. A vuelta de correo, don Luis me mandó un mensaje que ocupaba varias pantallas y me dejó, cómo no, apantallado. Empezaba diciendo “Aquí están las notas que tomé cuando leí la novela en...” no recuerdo ahora qué año, pero sí que por esas fechas que decía todavía andaría yo con pañales.

También cuando cumplió cien años y se volvió por fin centenario, como el tequila, participé en la conferencia-homenaje correspondiente. En aquella ocasión me tocó en un panel de tres críticos, cada uno representando una generación diferente de estudiantes o colegas suyos. Parecíamos diestros en un cartel taurino y, como es lógico,

me tocó el último toro por ser yo el de menor experiencia. En esa ocasión, sin saberlo, le rendí homenaje metafórico además de formal, pues hablé de las anotaciones marginales en un ejemplar de la *Historia de la nueva Mexico* de Gaspar de Villagrá. Homenaje formal, porque él fue de los primeros en avisarnos de que también teníamos que estudiar la literatura colonial si queríamos saber de literatura chicana. Homenaje metafórico porque comprendo ahora que simplemente apliqué la enseñanza del gorrión y el chicle: hay que fijarse en los detalles que en apariencia no tienen importancia y preguntarse qué nos aportan para entender el texto o la realidad que, como diría Machado, es ojo no porque la veamos sino porque nos ve. Así como otros se dedican a buscar tres pies al gato, puedo decir con orgullo que don Luis me enseñó a buscar chicles en las patitas de esos gorriones de tinta que son las letras impresas.

En esa ocasión tan especial de sus cien años, le preparé también un homenaje más personal. Aprovechando las nuevas normas de la administración postal estadounidense, hice imprimir un sello de correos con una foto suya y le mandé una tarjeta de felicitación franqueada con su propia imagen hecha sello y una inscripción en el sobre que resumía lo que tantos de nosotros hemos pensado de él: “One hundred years of solid dude”. Me dicen los que estaban con él cuando la recibió que no se ofendió por lo de *dude*, pues, por si no lo he dicho antes, don Luis era muy *down to earth* y muy amante de las bromas y el humor en general. De hecho, él penso que lo decía de broma, pero yo hablaba muy en serio cuando les propuse a mis colegas de UCSB que aprovecharan el año siguiente para enseñar el curso “Luis Leal 101”.

Don Luis conservó su dignidad y su buen carácter hasta el último momento, al menos hasta cuando yo lo vi, pocas semanas antes de su muerte. Estaba recién salido del hospital y, como si fuera indicación del cierre de un ciclo, fui a verlo a su casa en compañía, una vez más, de Francisco A. Lomelí. Don Luis oía mal y le costaba trabajo hablar, pero participó en la conversación de todos modos y, para sorpresa general (o por lo menos mía) propuso que nos tomáramos un tequilita con él antes de marcharnos. No sé si sabía que nos estábamos despidiendo o no pero, caramba, así se hace. Y con ese tequila y esa anécdota me despidió yo también, al estilo tradicional del corridista:

Vuela, vuela palomita,
párate en aquel rosal,
que aquí se acaba el corrido
del maestro Luis Leal.

Clovis, CA, 10 de marzo de 2010